

AL ABORDAJE

Cuando recobré el sentido, estaba en la cama de un hospital. Me dolían hasta las pestañas. El médico me informó que había estado a punto de matarme y que, gracias a Dios, solo tenía roto el fémur de la pierna derecha, dos costillas, el cúbito y el radio del brazo derecho y habían tenido que coserme una brecha en la cabeza, con siete grapas. Por suerte, solo tenía eso, me dijo con una sonrisa paternal.

Aquella mañana, mi nieto Marc y yo habíamos ido al museo naval. Es un lugar al que me gusta ir de año en año, para alimentar mis sueños de tener algún día mi propio barco. Tengo colgado en la pared mi titulín de patrón de yate y vela, casi descolorido y que nunca he tenido ocasión de utilizar. Y sí, me gustaría tener un pequeño barco de recreo, aunque fuera una menorquina y salir a pescar con mi nieto. A todo esto, aún no os lo he presentado: Marc tiene siete años y desde bien pequeño me lo he llevado a pescar a los espigones de los puertos o al pantano del pueblo. Podríamos decir que comparte mi afición y seguro que algún día no muy lejano pescará mejor que yo.

Marc no paraba de preguntarme cosas de los barcos y accesorios que en el museo estaban expuestos: anclas, cadenas, poleas, trinquetes, redes, nasas, maromas... pero lo que le cautivó fueron dos viejos cañones oxidados y las bolas de hierro que usaban como proyectiles. Y luego nos detuvimos junto a los floretes y dagas, trabucos y pistolones, recuerdo de épocas en las que los piratas y corsarios eran los dueños de los mares. Mi nieto los observaba con los ojos como platos, pendiente de cada palabra que yo le decía intentando explicarle la utilidad de cada cosa, con vocablos que él pudiera asimilar.

En una de las salas había un bajel pirata –una reproducción en tamaño reducido–, que podía visitarse y ver los camarotes, la cubierta, la cabina del capitán, la rueda del timón... Tenía tres palos de los que prendían tres velas amarillentas, la de la botavara, la mayor y un foque. Las jarcias y escaleras de cuerda formaban un entramado complejo y enigmático, probablemente sin ninguna utilidad en ese barco. En lo alto del palo mayor, estaba el carajo (Aclaración: el carajo era el habitáculo donde permanecía el vigía. De ahí ha derivado la expresión de “vete al

carajo”, que es como mandarte allá arriba). Cuando le expliqué a Marc para que servía aquello, vi que sus ojos brillaban de forma especial. Seguro que en su mente ya se había imaginado una película de piratas volando por los aires agarrados a las jarcias, el capitán dando órdenes y atacando a algún navío cargado de oro.

Cuando volvimos a casa, mi nieto estaba radiante y muy excitado. Quería jugar conmigo imaginando que estábamos en un barco pirata. El comedor de mi casa no es muy grande, pero, aprovechando que mi mujer había ido a comer con sus amigas y no volvería hasta media tarde, reorganicé el mobiliario colocando la mesa en el centro y varias sillas alrededor. Luego habría que devolverlas a su situación original o ella nos regalaría un buen sermón.

Preparé unos bocadillos y dimos cuenta de ellos. A continuación, empezó la batalla.

Entre los juguetes que atesorábamos para cuando Marc venía de visita, había un florín de plástico y una pistola, un colt como los que llevan los vaqueros del oeste, pero que nos iba a servir perfectamente.

-Marc –le grité con la voz más hueca que pude- Echa un vistazo por la proa a ver si divisas el barco con la bandera de Inglaterra. Ya sabes que esos bribones roban el oro de los buques franceses y nosotros vamos a robárselo a ellos.

Mi nieto se subió a una de las sillas y mirando hacia el horizonte imaginario, me dijo...

-Abuelo! ¡Si, ya lo veo!

-Recuerda que estamos en un barco pirata, tú eres el grumete y yo soy el capitán, no el abuelo. A ver, prueba otra vez.

-Abuelo capitán! ¡Ya lo veo!

Conteniendo la risa, ordené:

-Pues todos preparados para el abordaje! Marc, coge el florín y cuando nos enfrentemos con los malos, tu vas directo al capitán enemigo, le apuntas con la espada en el pecho y le ordenas que se rindan o se la clavarás hasta la empuñadura.

-Vale abuelo capitán!

-Timonel! Dos grados a estribor. Vamos a situarnos en su flanco izquierdo y cuando yo ordene, le soltáis una andanada con los cañones de babor. Tú, contra maestre, ¡iza la bandera pirata!

-Abuelo, no tenemos ninguna bandera pirata –dijo el chiquillo con un semblante apesadumbrado.

-Cómo que no? Ven, vamos a hacer una.

Aprovechando una vieja camisa negra, de la que quería haberme deshecho hacía tiempo, pinté con tiza dos huesos cruzados y algo que pretendía ser una calavera.

-Ves? Ya tenemos la bandera.

-Abuelo, no te ha salido muy bien.

-Es igual, a esos corsarios seguro que les asustará verla ondear en el palo mayor. ¡Voy a colgarla yo mismo!

Me subí a la mesa desde una de las sillas y até la camisa en la lámpara.

-¿Abuelo capitán, ahora que hacemos?

-Mira a ver si ya están al alcance de nuestros cañones, grumete Marc

Mi nieto volvió a subirse a la silla y otear el horizonte.

-Siiii!!! ¡Abuelo capitán, ya están cerca!

-Pues que hablen esos cañones. ¡Fuego a discreción y al que acierte en el palo mayor, ración doble de ron! –dije mientras empuñaba el colt apuntando al barco imaginario-

-A ver, Marc, ¿les hemos dado?

-Siii, abuelo capitán. Les hemos roto todos los palos y las velas

-Pues... Timonel!!! ¿Estás durmiendo? Pon proa en dirección a su flanco y todo el mundo preparado para el abordaje. ¡Grumete Marc, acuérdate que tienes que ir directo a buscar al capitán enemigo!

-Si, me acuerdo.

-Ya les hemos embestido! Muy bien timonel. Ahora, a volar con las jarcias y a por ellos.

Marc estaba excitadísimo, agitando su florete de plástico en el aire, como si de verdad estuviera luchando contra los ingleses.

-Contramaestre! ¿Por qué no disparas tu trabuco? ¡Vamos, que no quede ni uno! Y tú, grumete Marc, salta a la cubierta del barco enemigo y ve a por el capitán.

Mi nieto saltó de la silla a la cubierta imaginaria y corrió hasta la esquina del comedor.

-¡Abuelo capitán, no lo encuentro! ¿Dónde está?

-Mira en su camarote. ¡El muy cobarde seguro que se ha escondido allí como un conejo!

En ese instante, oí la puerta de mi casa. ¡Dios, acababa de llegar mi mujer! Se había adelantado sobre el horario que yo había previsto...

Subí a la mesa precipitadamente para quitar la camisa de la lámpara y ... ya no recuerdo nada más.

Ella estaba sentada en un sillón, junto a la cama del hospital.

-Menudo follón el que habéis liado. La lámpara arrancada del techo, para tirar. Una de las sillas hecha añicos y otra con una de las patas rota. Y tú a punto de haberte matado. De verdad, eres más niño que tu nieto. Ya tienes 66 años. ¿Cuándo vas a crecer?

Como pude, asentí con la cabeza. Tenía razón en lo de 66 años, pero yo no quiero dejar de ser un niño.

Francisco Artacho Arjona